

LLUEVE SANGRE

Llegó el tan temido y, a la vez, esperado tiempo en que Dios echó mi alma a los perros. El Demonio, libre de pies y manos, se ensañó todo lo posible en mí a través del hiriente desprecio del vulgo. Insultada y escupida por lenguas viperinas, fue cuando recordé aquella homilía de un joven sacerdote: tanto Pedro como Judas negaron en algún momento de sus vidas a Dios, pero mientras Judas se miraba para perderse en sí mismo, Pedro levantaba los ojos al cielo, hacia la salvación obrada por el Señor. Meditando sobre estos pensamientos y rota de dolor, levanté mis ojos al cielo y vi una enorme Cruz, que surgía de la tierra y acababa en el infinito. También divisé al Hijo del Hombre clavado en dicha Cruz mientras sus heridas, en sus extremidades y pecho, chorreaban sangre, que caía en la tierra como fuerte lluvia a borbotones. Su cabeza y el resto de su cuerpo, rojos como la grana, experimentaban un nuevo bautismo abrasador; llueve sangre